

El monte Pincio en Roma*

Mi adorable amiga.

No hace sino 24 horas que he llegado a Roma, después de haber dejado las deliciosas orillas del Arno, de ese soberbio río que rueda cantando entre los besos y los perfumes de las flores, como celebrando la gloria y la libertad de Italia.

A proporción que los trenes, crujiendo sobre sus vías y envueltos en el humo de chimenea, se acercaban a la campaña romana, una sensación indefinible de tristeza se apoderaba de mi alma, creciendo a medida que la verdura y la feracidad del terreno iban disminuyendo.

Entre las deliciosas florestas de la Toscana y las áridas llanuras de los Estados Pontificios se siente, por decirlo así, la diferencia que media entre la alegría y la tristeza, entre la libertad y la esclavitud.

Eran las últimas horas de la tarde: el sol ya opaco y en occidente, prolongaba sobre la llanura las sombras de los árboles, y comenzaban a divisarse en lontananza los alrededores de la Ciudad Eterna.

Después de haber visto en el mediodía de la Francia y en los melancólicos y pintorescos valles de la Suiza grupos felices de pastores cantar alegres en el trabajo de sus campos, en las tristes llanadas de Roma los ojos veían, sin poder contener una lágrima, cuadrillas de seres infelices

* Luis G. Ortiz, *L. G. O.*, "El monte Pincio en Roma", *El Renacimiento*, ed. facsimilar por Humberto Batis, t. II (México: UNAM, IIFL, 1993), 109-110. *El Renacimiento*, t. II (1869): 109-110.

agobiados por el trabajo y el cansancio temblar bajo la amenaza constante de la cara del capataz. Cientos de niñas frescas y bellas, obligadas por la miseria, se ven allí palidecer y marchitarse bajo la terrible influencia de *l'aria cattiva*, por un jornal miserable. Si alguna de ellas, rendida a la fatiga y a la sed, suspende por un momento su trabajo, la mano cruel del verdugo la maltrata, creyéndose felices aquellas a quienes la enfermedad y la muerte libran de las miserias y del martirio...

¡Por doquiera las ruinas, la abyección, el abatimiento, la pobreza y la desgracia! He aquí el primer espectáculo que contemplaron mis ojos al acercarme a la antigua ciudad de los Césares, donde hoy levanta su trono de oro y de púrpura el sucesor de Pedro, de vicario ceñido con la triple corona...

La noche había tendido ya su negra cabellera sobre la ciudad; por sus estrechas y sucias calles malamente iluminadas se sentía un aire húmedo y frío como el de un cementerio, y de techo en techo sus ennegrecidos y colosales edificios se alzaban silenciosos e imponentes, como gigantescos sarcófagos; un silencio profundo reinaba por todos los ámbitos de la ciudad, sólo turbado alguna vez por el místico sonido de una campana retirada, que vibraba como un gemido entre las brisas nocturnas. Tal fue mi primera sensación al entrar a Roma la noche de mi llegada. Hoy ha sido el primer día que he visto la luz bajo el cielo.

Pero no quiero haceros participar, mi encantadora amiga, de la melancólica tristeza que domina mi corazón, tristeza que tal vez lo hace feliz, mas que a vos sin duda os causaría pena.

Os hablaré de mi primer paseo en esta misma tarde, paseo risueño y delicioso; quiero hablaros del *Monte Pincio*, que es en Roma lo que las *Delicias* en Sevilla, la *Fuente Castellana* en Madrid, el *Bosque de Bolonia* en París y lo que algunos de los sombríos *Parques* de ese Londres triste y sombrío, pero al cual alegra vuestra adorable presencia.

En esta tarde el señor F***, a quien había yo entregado en la misma mañana vuestra carta de introducción, me trató con una finura y bondad bien raras en los ricos banqueros de su categoría. Este señor, digo, llegó al hotel en mi busca, me hizo montar en su carruaje y bien pronto nos encontramos en la *Piazza del Popolo*, donde hizo parar el coche para que pudiese examinarla y gozar desde allí la hermosa vista del *Monte Pincio*, que teníamos a nuestra frente.

Al centro de la magnífica plaza, decorada con todo el buen gusto del arte clásico, se mira el obelisco de granito rojo que, sin contar la base, se eleva a más de 85 pies de altura y que, procedente de tiempos anteriores a la conquista del Egipto por Cambises, fue de Heliópolis transportado a Roma por orden de Augusto, dueño ya de Egipto, colocándolo en el *Circo Massimo*. Más tarde Sixto V hizo elevar el precioso monolito oriental en el lugar que hoy ocupa.

A nuestra izquierda se veía la Puerta, que lleva el mismo nombre de la plaza, preciosamente decorada por Bernini, descubriéndose también el hermoso templo de *Santa María del Popolo*, cerca del lugar donde en otra época fue enterrado el terrible Nerón, en la tumba de los Dominicianos, a cuya familia pertenecía.

Las ocho fuentes que decoran esta plaza brotan ricamente alimentadas por el acueducto de la *Vergine*, sus puros y ricos raudales que caen con sonoro y melancólico ruido sobre sus estanques.

Frente a nosotros se levantaba el *Monte Pincio* (*Collis Hortorum*), hoy uno de los paseos más raros y preciosos que se conocen.

El monte está dividido en cuatro terraplenes, a los que se asciende por cómodas y anchas rampas que conducen hasta la mesa en que termina la propia colina, haciéndose este delicioso paseo en coche, a caballo o a pie, y de cualquiera manera con comodidad.

Sobre el primer terraplén se ve una estatua colosal de Roma, elevarse majestuosamente; luego, pasando entre dos columnas de granito egipcio, se ven en sus nichos tres estatuas de mármol, de las cuales la del centro, que representa a Hygia y que se dice datar de la época de los antiguos romanos, es notable por su extremada belleza. Las otras dos que la acompañan, muy inferiores en mérito, representan los genios de la Paz y de las Bellas Artes.

En el segundo tramo se ven de pie las estatuas de cuatro esclavos tristes y agobiados: a su frente un gran bajorrelieve representa la Victoria rodeada de arneses y armas antiguas, coronando a dos genios que están a su lado. Esta obra es de *Stocchi*, y me pareció bella.

La *loggia* que se ve en el tercer terraplén, en un hermoso pórtico compuesto de cuatro columnas de granito oriental, al que se llega por dos escaleras de dos tramos, y sobre éste se ve el último terrado que se halla sobre la cúspide de la hermosa colina, toda cubierta de bosquecillos verdes, frescos y olorosos; de prados tapizados de grama y de ramilletes de flores que perfuman constantemente las brisas. Muchas fuentes surtidas por las *Acqua Felice* saltan entre la verdura refrescando el ambiente, y multitud de pedestales levantados a la orillas de las bellas y sombrías calzadas sostienen los bustos de los hombres más ilustres de Italia.

En la cima de la colina, en medio de aquella vegetación, del perfume de las flores y de la frescura de las fuentes, el ambiente que se respira es puro y delicioso. Una música situada en la glorieta del obelisco de Aureliano hacía en esta tarde repetir dulcemente sus sonidos por los ecos de la colina, y multitud de carrozas, pertenecientes pocas de ellas a la aristocracia romana y la mayor parte a los *touristes*, rodaban entre la verdura y los aromas, mostrando perezosamente tendidos sobre sus muelles cojines, los

cuerpos y los encantadores rostros de mil bellezas frescas, animadas y seductoras.

Entre aquella multitud fácilmente podrían distinguirse ya a la blanca y severa hija de Albión, con sus prolongados rizos cayendo desde sus sienes hasta su cuello, ya a las bellezas de la tierra de los autócratas y de los Rengifo, sorprendidas de haberse despojado de sus finísimas pieles; ya las redondas caras de las miopes vírgenes de la Germania, con sus cabellos rojos, y por fin a las desenvueltas y despreocupadas hijas del Sena, llevando por todas partes la elegancia y la coquetería, la voluptuosidad y el desencanto.

Este conjunto es hermoso, y el viajero que contempla sobre el *Monte Pincio* y al fulgor del bello cielo de Italia un cuadro tan animado y delicioso, se cree por un momento en alguno de los elegantes paseos de los países meridionales de Europa, donde viven la ilustración, la civilización, y esa sombra que llaman libertad los pueblos que viven bajo la despótica opresión de las coronas de sus reyes.

Mas ya sobre lo alto de la colina, tended la vista sobre el magnífico panorama que se extiende a vuestros ojos y quedareis embebidos en una contemplación dulcísima a la vista de tan hermoso espectáculo. La austera y vetusta ciudad se extiende a vuestros pies, ceñida por su fuerte muralla; de norte a sur y sobre la ribera derecha del Tíber se levantan el Vaticano y el Janículo, sosteniendo la soberbia pesadumbre de la Basílica, el magnífico palacio de los papas,

con sus 20 patios, sus ocho grandes escaleras, sus galerías y sus jardines, y por fin el tesoro inapreciable de los sublimes cuadros de Rafael, de Miguel Ángel, del Dominiquino y otra multitud de maestros. El Quirinal, el Viminal, el Palatino y demás colinas, se elevan coronadas por sus celebres edificios, destacándose entre ellos las hermosas cúpulas de sus cien templos magníficos, ya por su venerable antigüedad o ya por la esplendidez con que los ha exornado el lujo de los pontífices romanos, alimentado por el sentimiento religioso y más aún por el fanatismo de los pueblos sujetos a su dominio.

Cuando desde la cima del *Pincio* se contempla, al crepúsculo de la tarde, la ciudad de las siete colinas, la imaginación nos transporta por un momento a los grandes siglos de la preponderancia del pueblo rey. Entonces nuestra mente exaltada se fija en el soberbio Foro, donde cree escuchar la voz de trueno de Cicerón, del Padre de la patria; después, sobre el sagrado Capitolio ocupado por los próceres y senadores romanos, mira luego una multitud inmensa agitarse frenética en las anchas gradas del Coliseo, gozando con los rugidos de las fieras y los desgarradores lamentos de las víctimas que nadan en su sangre, tendiendo al fin la mirada sobre la Sagrada Vía, por la que atraviesan envueltos en la púrpura y coronados con el laurel de la victoria los Rómulos y los Numas, los Coriolanos y los Augustos. ¡Cuánta magnificencia y cuánta gloria!...

Pero involuntariamente los ojos se dirigen a la soberbia tumba de Adriano, al castillo de *San Ángel*, y entonces la miradas atónita se fija sobre un pabellón extraño clavado sobre sus almenas...

La bandera francesa sostiene en Roma la infalibilidad del Papa... Al poder y la grandeza romana ha seguido la esclavitud, la degradación y la miseria.

Ya casi entre la sombra, al retirarnos a nuestra habitación y al cruzar por la *Piazza Navona*, un carruaje paró cerca de la hermosísima fuente que decora esta plaza, y una de las obras notables del Bernini. De aquel carruaje sencillo y modesto bajó una mujer de alta y esbelta figura, en cuyo aire y continente se veían aún el orgullo y la mirada altiva de los hijos de los reyes, de los creyentes del derecho divino. Su rostro, si no de una notable hermosura, no carecía de belleza; pero una palidez siniestra cubría su frente y en sus ojos, cercados por una sombra oscura, brillaba una mirada inquieta y vaga... La mujer se acercó a la fuente, de la cual tomó un poco del *acqua vergine*, retirándose luego lenta y silenciosa.

Aquella mujer era la princesa Carlota; la infortunada archiduquesa que, habiendo llegado al Vaticano en busca de los consuelos de la caridad y de la religión, salió de él triste, desolada y perdida la luz de la razón, que tal vez no recobrará ya nunca...

L. G. O.